

De Castilla a Andalucía

Las ventas del Camino Real

Que las vías de comunicación son un motivo fundamental del desarrollo de los pueblos lo demuestra el hecho de que todas las culturas y todas las políticas han buscado la rapidez y seguridad de los desplazamientos. Los romanos, que a mí personalmente me han parecido siempre los americanos de la Edad Antigua, salvando las naturales distancias, y que tenían un extraordinario sentido pragmático de las cosas, pudieron controlar su vasto Imperio a base de calzadas. Las Cruzadas, convenientemente adobadas de componentes místico-políticos, tenían como objetivo primordial establecer una vía de comunicación segura y fluida con Oriente, y así podríamos citar numerosos ejemplos, sin ir más lejos, el propio nuestro. En efecto, vamos a disponer, en breve plazo, de una buena carretera y una excelente comunicación por ferrocarril que, sin duda, va a proporcionar un extraordinario desarrollo a la zona del Valle de Alcudia del que está muy necesitada. Sin embargo es un hecho que las nuevas vías de comunicación van a afectar negativamente a algunos sectores. La nueva carretera deja en cierto modo, aisladas las poblaciones de Brazatortas y La Estación y los propietarios de los bares de ruta y restaurantes que se mantienen fundamentalmente de viajeros van a ver disminuida su clientela de forma sustancial. Reseñamos esto porque el fenómeno no es nuevo en el Valle de Alcudia y sus alrededores y porque es bueno analizar un hecho de plena actualidad para comprender lo que ocurrió con el Camino Real y sus famosas ventas.

La construcción del camino a Andalucía por Despeñaperros hizo caer en desuso la antigua vía que, prácticamente, se convirtió en camino de mulas, ruta de contrabandistas y asilo de bandoleros. Este camino, siguiendo a Gascón Bueno, vendría de Villamayor, el Puerto de la Coja y pasaría a Alcudia próximo a Puerto Suelta, entre Brazatortas y Retamar, siguiendo luego el camino del Horcajo hasta los confines del Puerto del mismo nombre. Cerca salía un ramal de arrieros que llevaría directo al Horcajo mientras el camino seguiría bordeando la sierra buscando un paso más propicio. Cuando Floridablanca, ministro de Carlos III, ordenó comenzar las obras, necesarias e importantes, del nuevo camino, que se iniciaron en 1779, evidentemente condenaba al Valle de Alcudia al ostracismo y la marginación, al subdesarrollo y la impotencia. Igualmente sus ventas, que "parecían un detalle más del paisaje", tuvieron que "reconvertirse" o desaparecer

entre la indiferencia y la desidia, siendo, como son, puntos de referencia de nuestra historia y nuestra literatura, reposo y seguridad de caminantes, lugares de tertulia y encuentro y, en resumidas cuentas, exponentes de un modo de vida mediante el cual (¿te acuerdas, Honesto?) un pueblo se rinde cuentas de su pasado. Así pues nos hemos propuesto recordarlas, fijar su ubicación y aspecto y hasta actualizarlas con anécdotas que ocurrieron y que les prestan una frescura que, pensamos, será agradable a los lectores.

El camino del Horcajo, con la necesidad de llevar el mineral hasta la Estación de Veredas, se desviaba del trayecto que hemos fijado saltando por el Puerto del Alcornoque y dirigiéndose luego hacia el Puerto de la Coja, lo que dió lógicamente, origen a otras ventas que vamos a citar. Procedamos con orden:

Según las "Relaciones Topográficas", mandadas hacer por Felipe II, que explican la situación de los pueblos castellanos hacia 1575, las ventas del Camino Real, en la zona que nos ocupa, eran las siguientes: El Ojuelo, de Antón Martínez; La Coja, de Francisco Ruiz; Tartaneda, de María del Olmo, supuesto origen de la actual Estación de Veredas; Chapitel, de Hijos de Gómez Gutiérrez; Nava de Vacas, de Antón Pulido, que debió dejar su nombre al antiguo puerto del Alcornoque; Venta Peñuela, de Pedro Martín Carucero; del Molinillo, de María y Francisco Delgado; del Alcalde, de Hijos de Esteban Sánchez; Tejada, de Pedro García; Horcajo, de Viuda de Pedro Bravo; del Herrero, de Bartolomé Felipe y del Río o Guadalmaz, de la Viuda del Bachiller Gutiérrez. Las más importantes, por lo menos en valoración, eran las del Molinillo y del Alcalde, que estaban asignadas con un valor respectivo de mil cuatrocientos y mil quinientos ducados. Probablemente algún conecedor del Valle se sienta sorprendido de que no citemos aquí ventas tan conocidas como La Bienvenida y El Zarzoso, pero nos estamos refiriendo al Camino Real y éstas son consideradas ventas de transhumanca y tal vez hablemos de ellas en otra ocasión.

"En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía..." Así comienza Cervantes una de sus Novelas Ejemplares más conocidas, "Rinconete y Cortadillo". La venta del Molinillo es hoy una casa de labor conocida como la Divina Pastora. Lugar de posta y aviso para trajinantes y boyeros, que en 1670 asaltaron, robaron y golpearon a residentes y viajeros. Punto de intercambio de productos de contrabando que se camuflaban frecuentemente en el correo (en 1692 se interrogó al ventero por venta de tabaco suministrado, sin regis-

trar, por el correo, y tres años más tarde, se encuentra una maleta en las mismas condiciones cargada con el mismo producto). Debía ser buena pieza el señor ventero porque en 1687 se desterró a una joven por hacer vida marital con él, naturalmente sin estar casada, y nos recuerda extraordinariamente a la complaciente Maritormes, barragana de arrieros, dulce consuelo de los malos pasos del camino, aunque los que dieran con ella tampoco fuesen muy buenos, y sin par y exquisita princesa a los ojos, nariz y tacto de Alonso Quijano, que en éso, más que en cualquier otra cosa, demostró estar con goteras en la azotea. En las condiciones del arriendo encontramos también cosas pintorescas, como por ejemplo que, además del dinerillo correspondiente, se obligaba a entregar al propietario, anualmente, un barril de aceitunas y seis pares de perdices. Las deudas se cobraban a veces destruyendo colmenas o, como en el caso de la Venta de la Coja, José Redondo, vecino de Retamar, se cobró una deuda del ventero Diego de Ayora quitándole 44 vigas, por lo que se derrumbó la techumbre. Corría el año 1670 y no se encuentra rastro posterior de existencia de la venta, o sea, que se la cargó.

Media legua más adelante, yendo hacia Andalucía, está la venta del Alcalde, más conocida con el nombre de su posterior propietaria, Inés Ruiz Castellanos. La venta de la Inés no difiere sustancialmente de la del Molinillo: contrabando frecuente, algunos robos, asaltos o connivencias con bandoleros, incluso alguna muerte violenta en sus inmediaciones, y siempre el refugio, la posibilidad de reunirse en grupo numeroso para pasar la sierra con un mínimo de seguridades, la posibilidad, no siempre muy segura, de poder cenar y recibir información o cotilleos. Una forma de vida superada que hoy hemos querido recordar para que muchos de los actuales habitantes de la zona sepan que por ella han pasado reyes, clérigos, peones, forzados a galeras y hasta algún caballero andante.

LUIS NOCI UZURIAGA



El Ojailén a su paso por la Venta Tartaneda.



Un palomar muy artesano



Venta del Chapitel



Venta de Nava de Vacas



Venta Tartaneda